

La señora Kraft salió apresuradamente de su casa, cerró la puerta blanca detrás de ella y corrió por la calle polvorienta. Con una mano mantuvo sus largas faldas lejos del camino; con la otra se apretó los labios con un pañuelo blanco. Sus ojos oscuros estaban fijos en la casa verde y blanca al final de la cuadra, casi escondida a la sombra de olmos colgantes de gran edad.

La puerta estaba abierta y la señora Kraft se apresuró a pisar el césped, olvidándose de cerrar la puerta detrás de ella. Evitó el porche bajo, rodeó el lateral de la casa y entró en la cocina por la puerta abierta de la parte de atrás.

La señora Perkins estaba hojeando su libro de recetas cuando la sombra de la señora Kraft oscureció momentáneamente su puerta. Ella miró hacia arriba y dijo:

—¿Cómo está, señora Kraft? Salió temprano esta mañana —sonrió.

La señora Kraft no sonrió. Se quedó muy quieta, con el pañuelo todavía apretado contra su boca, asintiendo secamente para reconocer el saludo de su vecina.

La señora Perkins la miró con extrañeza.

—¿Qué sucede, señora Kraft? —preguntó un poco nerviosa.

La señora Kraft se quitó el pañuelo de la boca, lo apretó con fuerza en la mano y dijo:

—Anoche sucedió de nuevo.

La señora Perkins dejó a un lado su libro de recetas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó sin aliento. Sus ojos estaban anormalmente abiertos—. ¿Cómo lo sabe, señora Kraft?

Su visitante abrió la mano con brusquedad.

—Fue mi sobrina esta vez. Ella también vio a la mujer. No quería que Andrew dejara salir a la niña anoche, pero ella se saldría con la suya. Quería ir a casa de su tía Emmy.

—Más allá del cementerio —dijo la señora Perkins—, pero ella regresó antes de que oscureciera, ¿verdad?

La señora Kraft negó con la cabeza.

—No. Al anochecer, justo antes de que se encendieran las luces de la calle. Allí estaba la mujer, parada en el camino. La niña tenía miedo, incluso cuando la mujer la tomó de la mano y la acompañó.

—¿Qué hizo? ¡Oh, espero que no haya pasado nada grave!

—Lo mismo que antes. La mujer besó a la niña y la pequeña se fue a dormir. Esta mañana está tan débil que no puede levantarse. Pérdida de sangre, dijo el médico.

La señora Perkins juntó las manos con impotencia en su regazo.

—¿Qué podemos hacer, señora Kraft? Nadie nos creería si decimos...

La señora Kraft hizo un movimiento de impaciencia con la cabeza. Luego se inclinó hacia adelante, sus ojos oscuros brillaban mientras habló en voz baja.

—La niña conocía a la mujer.

La señora Perkins se sobresaltó.

—No... no me diga que fue...

La señora Kraft asintió.

—Nellie Foster, muerta hace menos de un mes.

La señora Perkins entrelazó los dedos con nerviosismo. Se había puesto pálida y su inquietud era más pronunciada que la de su visitante.

—Mi sobrina es la tercera, señora Perkins. Debemos hacer algo o esto continuará.

La señora Perkins no dijo nada. Su visitante prosiguió.

—Voy a hacer algo, aún si usted decide no hacer nada —dijo—. Esta noche voy a mirar en el cementerio. No se llevará a ningún otro niño.

—No sé qué puedo hacer —murmuró la señora Perkins en voz baja—. Me pongo tan nerviosa. Si viera a Nellie Foster probablemente gritaría.

La señora Kraft negó con la cabeza con firmeza.

—Eso nunca funcionaría —admitió.

—¿Fue a ver al ministro? —preguntó la señora Perkins.

La señora Kraft apretó los labios con fuerza antes de hablar. Entonces dijo:

—Dijo que no existían tales cosas. Dijo que solo las personas ignorantes creían en vampiros.

La señora Perkins movió la cabeza con desaprobación.

—Me preguntó cómo Nellie Foster pudo haberse convertido en uno, y le conté sobre el gato que saltó sobre su ataúd. Él sonrió y no me creyó —la señora Kraft se puso de pie, asintiendo con la cabeza—. Pero sé que Nellie Foster es un vampiro, porque estaba en el cementerio esta mañana y había tres pequeños agujeros en su tumba, como agujeros hechos por dedos, muy profundos.

—¿Qué va a hacer?

—No lo sé todavía. Pero haré guardia y no la dejaré salir del cementerio.

—Quizás los hombres podrían hacer algo —sugirió la señora Perkins con esperanza.

—Recurrir a ellos sería peor que decirle al ministro. Se reirían —dijo la señora Kraft con desdén.

—Me gustaría poder ayudar —dijo la señora Perkins.

La señora Kraft la miró pensativamente, sus ojos se endurecieron.

—Puede ayudar si quiere.

La señora Perkins asintió con entusiasmo.

—Si voy a ir al cementerio tengo que estar protegida.

La otra mujer asintió. La señora Kraft frunció los labios con firmeza.

—Necesito algo —continuó—, me gustaría usar ese crucifijo bendito que su hijo trajo de Bélgica, el que le dio el cardenal Mercier, uno muy viejo, dijo que era.

Por un momento, la señora Perkins vaciló. Sus labios flaquearon un poco. Luego, acobardada ante los severos ojos de la señora Kraft, se movió silenciosamente para tomar el crucifijo.

La señora Kraft lo ató a una cinta negra alrededor de su cuello y lo escondió en el escote de su vestido negro. Luego se levantó para irse.

—Le diré lo que pasó en la mañana, señora Perkins. Y si no vengo —balbuceó la señora Kraft— es porque algo anduvo mal. Si no estoy aquí antes del mediodía, será mejor que vaya a el cementerio, tal vez, y mire un poco a su alrededor.

La señora Perkins se estremeció:

—¿No cree que iría por usted, señora Kraft?

—No solo buscan niños, señora Perkins. He leído sobre ellos. Si no pueden morir, tienen que beber sangre.

Asintiendo sabiamente con la cabeza, la señora Kraft salió de la casa con los labios todavía fruncidos, su mano aun apretando fuertemente su pañuelo.

La señora Kraft se sentó en el porche trasero con la señora Perkins un poco después del amanecer de la mañana siguiente. El rocío aún no se había ido; colgaba pesadamente sobre las malvas. La primera luz del sol arrojaba largas sombras sobre el jardín.

La señora Kraft estaba hablando.

—Llegué justo después de la puesta del sol. Me escondí detrás del roble cerca de la tumba del anciano señor Prince, y miré a Nellie Foster. Cuando salió la luna, vi algo en su tumba, algo gris. Era como parte de alguien tirado allí, y se estaba moviendo. Estaba brumoso, y no podía verlo bien. Luego vi una mano, y luego otra, y luego una cara.

La señora Kraft tosió un poco, la señora Perkins se estremeció.

—¿Y luego? —preguntó la señora Perkins, quien se inclinó hacia delante, fascinada.

—Era Nellie Foster —continuó la señora Kraft en voz baja—. Estaba saliendo de la tumba. Entonces pude verla claramente a la luz de la luna. Era Nellie. La reconocería en cualquier lugar. Ella se retiró, era como la niebla saliendo de esos agujeros en la tumba, esos pequeños agujeros.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Creo que estaba asustada. No me moví. Cuando la niebla dejó de salir allí estaba Nellie, de pie sobre la tumba. Luego corrí hacia ella, sosteniendo la cruz en mi mano. Antes de que pudiera alcanzarla, se había ido.

El rostro de la señora Kraft se contrajo repentinamente de dolor.

—Esta mañana encontraron a la pequeña Walters, como las demás. Debería haber estado más alerta. Debería haber detenido a Nellie. Nunca debí dejarla salir. Es mi culpa que la pequeña Walters fuera atacada. Mi culpa. Podría haber detenido a Nellie. Podría haber estado mirando allí toda la noche. Debería haber avanzado antes de que ella saliera de la tumba.

Se levantó de repente, perturbada.

—Me voy ahora, señora Perkins. Permítame quedarme con la cruz un poco más. Creo que la necesitareé esta noche.

La señora Perkins asintió y su visitante se marchó, su figura vestida de negro cruzó rápidamente la calle.

La señora Perkins la vio irse, preguntándose por Nellie Foster, esperando que pronto se hiciera algo para evitar que volviera de la tumba. Tenía que pensar en su propia pequeña Flory. ¿Y si algún día Nellie Foster la viera y luego encontraran a la pequeña Flory Perkins así?

La señora Perkins se estremeció.

—Oh Señor, dame poder para hacer algo —luego pensó—: ¡Y Nellie Foster siempre fue una chica tan agradable! Es difícil de creer.

Entró en la casa sacudiendo la cabeza.

Tenía la intención de ir a ver a la señora Kraft justo después de la cena, para hablar sobre hacer algo, pero una tormenta repentina azotó la ciudad y durante seis horas llovió a cántaros. Solo los relámpagos iluminaron la oscuridad. Luego, a las siete en punto, el cielo se aclaró abruptamente y el sol poniente salió para terminar el día de julio en un esplendoroso arco iris.

La señora Perkins terminó de lavar los platos de la cena, vio a su Flory salir a jugar hasta que oscureció y finalmente se dirigió a casa de la señora Kraft. Al salir a la acera, vio a un anciano que venía rápidamente por la calle. El señor Shurz, pensó. También parece tener prisa. Ella reflexionó sobre esto. A propósito, ralentizó su paso.

En la puerta lo encontró. Habría pasado de largo si no la hubiera espiado de repente. Luego se detuvo sin aliento.

—Señora Perkins, ¿ha escuchado la noticia?

La señora Perkins negó con la cabeza.

—¿Un rayo cayó en alguna parte? —preguntó.

—Si sólo fuera eso, señora Perkins —el anciano negó con la cabeza con tristeza—. Nunca habíamos tenido algo así en esta ciudad, por lo que puedo recordar. ¡Esta tarde, durante la tormenta, alguien entró en el cementerio y cavó la tumba de Nellie Foster!

La señora Perkins se inclinó sobre la puerta, con las manos apretadas con fuerza sobre el marco:

—¿Qué? —susurró con voz ronca—. ¿Qué es lo que dice, señor Shurz?

—Es justo lo que digo, señora Perkins. Alguien cavó en la tumba de Nellie Foster, durante la tormenta, abrió el ataúd, y atravesó el cuerpo con una estaca.

—¡Una estaca... a través de su cuerpo! —ella negó con la cabeza.

Justo lo que la señora Kraft dijo que debería hacerse, murmuró para sí misma.

El señor Shurz no la escuchó. Asintió con vehemencia.

—También había una gran cantidad de sangre; fue una sorpresa para el doctor Bames. Algo extraño y antinatural, dijo el médico.

—¿Pero seguramente el ataúd fue cerrado de nuevo?

—En parte, sólo en parte, señora Perkins. Parece que el hombre se asustó.

—Oh... ¿era un hombre, entonces?

El señor Shurz la miró con una sonrisa vacía.

—Claro que era un hombre, señora Perkins.

—¿Fue visto entonces?

El señor Shurz negó con la cabeza.

—Oh, no, él no fue visto. No, señora, él no fue visto. Demasiado hábil para eso.

La señora Perkins sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho. De repente

sintió que se estaba sofocando. Abrió la puerta y salió a la acera al lado del señor Shurz, caminando junto a él. Ella no escuchó lo que estaba diciendo.

La señora Kraft estaba en su vereda; pálida, despeinada.

La señora Perkins pensó: espero que no note nada, espero que no note nada.

El señor Shurz se detuvo junto a la señora Perkins. Ella apenas se atrevió a decir:

—¿Cómo está, señora Kraft?

Luego, mientras el señor Shurz le repetía su historia a la señora Kraft, los ojos de la señora Perkins se posaron en la mancha de arcilla roja en las manos de su vecina, una mancha difícil de lavar. Quería apartar la mirada de las manos ásperas de la señora Kraft, pero no pudo. Luego se dio cuenta de que el señor Shurz también había visto la mancha.

—¿Ha estado cavando en arcilla roja, verdad, señorita Kraft? —se rio en voz baja—. Se parece mucho a la arcilla que sacaron del ataúd de Nellie Foster —meneó la cabeza.

La señora Perkins se sintió mareada. Ella lo escuchó hablar, divagando. En el fondo quería decir algo, cualquier cosa, para cambiar de tema, pero no podía. Entonces oyó hablar a la señora Kraft.

—He estado cavando en el jardín, señor Shurz —sonrió cortésmente, a pesar de su rostro pálido y demacrado—. Es muy difícil quitarse esta mancha de las manos.

La señora Perkins se escuchó a sí misma diciendo:

—Así es. Le advertí a la señora Kraft que no tocara la arcilla roja justo después de la tormenta, pero ella no quiso escuchar —ella estaba pensando: Oh, Dios, no dejes que mire hacia el jardín; no le dejes ver lo negro que está el suelo.

El señor Shurz sonrió ampliamente y se encogió de hombros.

—Es un buen momento para cavar, después de la lluvia. Bueno, debo marcharme. Seguramente encontraremos al tipo que hizo eso con Nellie Foster.

Las mujeres, de pie, una a cada lado de la valla, vieron al anciano bajar por la calle. La señora Perkins tenía miedo de mirar a la señora Kraft. Luego escuchó a su vecina toser levemente y se volvió.

La señora Kraft sostenía el crucifijo.

—No creo que lo necesite más, señora Perkins —dijo.